



JEREZ DE LA FRONTERA.

A media legua del río Guadalete y dos largas del Océano, en una llanura feraz y deliciosa entre Medinasidonia y San Lucar de Barrameda se halla situada la famosa ciudad de Jerez de la Frontera, que algunos autores afirman sea la misma fundada por los Griegos 1400 años antes de J. C. bajo el nombre de Asta Regia, ó Asido, como quieren otros.

De todos modos, esta ciudad era ya de alguna importancia, cuando adquirió una funesta celebridad histórica en el año de 711, por haber sido en su término donde el desgraciado D. Rodrigo hubo de sucumbir con la monarquía goda á las armas sarracenas en la famosa jornada apellidada del Guadalete.

Dejase conocer, pues, que este pueblo por su antigüedad ha de encerrar forzosamente objetos curiosos para los amantes de las artes, y así sucede en efecto; tales son la iglesia gótica de Santiago, la de Santo Domingo, y la de San Juan de los caballeros; el Real Alcazar, las casas capitulares y la del cabildo, la del Marqués de Villapanes y otras varias. El aspecto general de la población es desigual. Atraviésala un lienzo de muralla antigua que cubre de uno y otro lado las casas con varios arcos y portillos de comunicacion; de la parte exterior, que mira al E. y N., hay calles espaciosas y regulares; pero las del interior, donde está el antiguo caserio, son estrechas y tortuosas.

La principal celebridad de Jerez consiste sin duda al-

guna en la feracidad y riqueza de su dilatado término que se estiende 14 leguas de largo desde los de Ronda y Córtes hasta el de San Lucar, y $7\frac{1}{2}$ idem su mayor anchura desde la sierra de Gibalbin al puente de Suazo; conteniendo un circuito de cerca de sesenta leguas, fertilizado por las aguas del Guadalete, del Majaceyte y de varios arroyos y manantiales. En toda esta dilatada estension no se encuentran fuera de Jerez mas poblaciones que las pequeñas aldeas de Santa María de Algar, Almájar, y Prado del Rey, fundadas hace poco mas de medio siglo. Pero por toda la campiña se hallan diseminadas unas mil casas de campo en cortijos, ó haciendas de labor, viñas y huertas. Segun los últimos calculos de la riqueza agrícola formados en 1818 se cree haber en el término de Jerez 139267½ aranzadas de sembradío, 8335 de viñedo, 5599 de olivar y pinar, 380 de arboleda y huerta, 26601 de pasto, 27520 de bellota, muchas mas incultas, y pocas incultivables.

La producción consiste en aceite, frutas, legumbres, hortaliza y miel; pero el ramo principal que ocupa la agricultura y comercio de los jerezanos es el de los vinos que son por su delicadeza, aroma y espíritu de los mas deliciosos y célebres del mundo. Cuéntanse mas de doce clases de uvas, siendo las mas generales las nombradas Palomino, Pedro Jimenez, y Perruna. El vino por lo común es seco con un cierto sabor á avellana, y tambien suele hacerse dulce de las uvas llamadas Pe-

8 de Abril de 1838.

dro Jimenez y Pajarete. El vino de Jerez cuando se habilita para embarcar tiene el precioso color del topacio para lo cual se mezclan los vinos blancos con los de color: dándole aquel vivo de que gustan los extranjeros especialmente los ingleses y anglo-americanos entre los cuales se hace el consumo mayor.

La cosecha general de vino puede calcularse en 450,000 arrobas anuales, cantidad muy inferior á la que se cogia antiguamente, pues hay escritos de mediados del siglo pasado que la hacen subir á 1.800,000. Gran parte del vino se extrae para Inglaterra y lo demás se consume en el interior. En 1821 se extrajeron 8166 botas de treinta arrobas; en 1823, 9229; en 1824, 11,670; en 1825, 14,809; y en 1826, unas 8000. Los precios comunes, en tiempos de paz, del vino que se exporta, son de 110 á 200 pesos la pipa, puesta á bordo comprendido el valor de la vasija, derechos y gastos hasta su embarque. Sin embargo, la antigüedad es la que decide en el precio pues hay bota que no la darian por mil pesos. Pero esto no debe tomarse por base para el calculo, pues solo es una escepcion que no le tiene cuenta al cosechero por la mucha merma que sufre el licor conservado.

Las bodegas de los comerciantes de vino son magníficas y entre las más celebradas se cuentan las de Jauria, Gordon, Brigbeter y Martinez, las de Cabezas, las de Tijeras, y las construidas últimamente por la casa de Haurie. En estos últimos años se han establecido otras varias, sostenidas por fuertes capitalistas venidos de América á donde envian grandes cargamentos de este regalado licor.

Vese por lo dicho la natural riqueza de esta comarca en el ramo de vides, que es tal, que despues de satisfechos los vinos forasteros, los derechos reales, la alcabala cuando se almacenan, y el valor de la vasija, cuyos aros y duclas vienen del extranjero, deja un beneficio de 700 á 800 mil pesos anuales, inclinando con esceso á su favor la balanza del resto de su comercio.

GINEBRA [1].

Novela florentina, segun una Balada de un cantor de Roma.

En nombre de la Santísima Trinidad! Concédneme Dios la gracia de poder contar una historia que agrade á todos cuantos estan aqui presentes.

En el año de 1596 de la era cristiana acaeció en la ciudad de Florencia un singular lance de amor. *Ginebra*, de la noble familia de *Amieri*, era la joven mas juiciosa, casta y discreta. Se la consideraba como el espejo mas brillante de todas las virtudes, y cuando se paseaba por el antiguo mercado, todos se apresuraban á admirar su belleza y oir sus prudentes palabras. Allí fue donde la vió tambien *Antonio*, gentil hombre de la casa de *Rondelli*, y cuyo corazon quedó esclavo al momento de la amable doncella. Por espacio de cuatro años no cesó de pensar en *Ginebra*, la siguió por donde quiera que iba, y la demostró bien á las claras cuan verdaderamente la amaba, no siendo concebible las penas que sufrió por

su amor. Muchas veces se la pidió á su padre por esposa, pero no se la concedió, porque aunque nada tenia que vituperar en la conducta de *Antonio*, queria no obstante, como todos los padres de familia ambiciosos, realzar la consideracion de su linage con el matrimonio de su hija. Concediéndola pues á *Francisco dei Agolanti*, caballero joven, rico y galan que no tardó en llevar á su casa tan preciosa joya. Esta noticia penetró el corazon de *Antonio* como un agudo puñal. Privado de toda esperanza hizo voto de no casarse jamas con otra, y lo observó fielmente. Su único placer era el contemplar de lejos de tiempo en tiempo en una iglesia á la querida de su corazon.

Ocurrió entonces la gran peste de Florencia, y la hermosa *Ginebra* cayó enferma, aunque no de la epidemia. Sin embargo su constitucion fisica era tan delicada, que aquella indisposicion la puso á punto de morir. En vano sus parientes volaron en su socorro, frotándola desde las sienes hasta las plantas de los pies y las coyunturas de los huesos con aguas espirituosas y de maravillosas propiedades; la enfermedad sobrepujo, dejó de latir el pulso, y quedó exánime y como difunta. Su familia empezó á llorar y desconsolarse, y luego á estremecerse con la idea de que hubiese muerto de la peste, por lo que se dieron prisa á amortajarla y la llevaron sin tardanza al cementerio cerca del campanario de la iglesia principal, donde por mucho tiempo se ha mostrado el sitio de su sepultura cubierto con una losa medio rota, en la que podian distinguirse todavia las iniciales A. y G. No se prolongó la ceremonia fúnebre, y temerosa la familia de la peste, se alejó cuanto antes de la sepultura. *Antonio*, que habia tambien seguido á la comitiva, permaneció allí aun despues de haberse retirado los deudos, esclamando entre sus sollozos y suspiros:—«Mucho habia yo perdido, pero la muerte acaba de arrebatarme ademas el único bien que me habia quedado!»—y despues volvió llorando á su casa.

Ginebra permaneció por algun tiempo yerta é insensible en su tumba subterránea. Sin embargo, no estaba muerta, pero su hermoso cuerpo estaba tendido sin pulsos ni aliento, y ligado por decirlo así con un espasmo profundo que sobrevino á disipar una nueva crisis, ó tal vez el tañido de las santas campanas que sonaban sobre su sepultura bendita. Sea lo que quiera de esto, no es menos cierto que la pobre joven volvió en sí á las dos despues de media noche.—«Ah, dijo suspirando, ¡vívame *Ginebra*! porque si te dejas abatir por el temor, eres perdida. Virgen Santa ayúdame en medio de mi afliccion porque en tí sola he puesto mi esperanza!»—Levantó entonces con mucho trabajo la cabeza, y quiso su fortuna que introduciéndose un rayo de la luna por la rendija de la piedra rota, bajase hasta el subterráneo de la desgraciada y la animase con su luz. Se levantó, y convencida de que solo de sí misma podia esperar el salvarse, procuró desear el miedo. Despues de haberse enjugado con la mortaja algunas lágrimas de inquietud, llegó á rastras en medio de la obscuridad hasta el sitio por donde entraba el rayo de la luna. Allí dió con una escalerilla, descausó algunos instantes en el primer escalon, fue subiendo despues hasta el último, invocando continuamente el nombre de Jesucristo y dirigiendo sus ruegos á todos los santos, llegando de este modo hasta la piedra que cerraba la bóveda y que probó á levantar.

Por fortuna no era de las mas gruesas, y aunque con repetidos esfuerzos pudo *Ginebra* salir del subterráneo, y despues de una corta oracion á la Madre de Dios se dirigió al campanario. Era á últimos del mes de octubre y corria un viento áspero y frío. *Ginebra* atravesó la plaza y entró en la callejuela en que está la capilla de la cofradia de Nuestra Señora de la Misericordia. Desde aquel

(1) El argumento de esta novelita á servido al célebre autor francés *Eugenio Scribe* para formar un *Libretto* de ópera, que puesto en música por el compositor *Hallery*, se está ejecutando actualmente con gran entusiasmo del público en la Academia Real de Música de París.

tiempo se llamó esta callejuela *Stradella della Morte*. Ginebra la atravesó, llegó á la casa de su marido, y llamó á la puerta. Francisco estaba en aquel momento sentado, pensativo y apesadumbrado junto á la chimenea, y dió un salto desde su asiento cuando oyó llamar. Abrió la ventana y preguntó: «¿Quien llama? quien está fuera?» — «Ginebra tu esposa; ¿no conoces mi voz? ¿no me reconoces?» — Aquella voz de su mujer cuyo cadáver habia visto conducir pocas horas antes le llenó de terror. Se santiguó y respondió: — «Descansa en paz pobre alma! Mañana al amanecer haré que digan por tí una misa para que Dios te conceda el eterno descanso.» — Cerró con esto la ventana, y se metió lleno de miedo en la cama. Cuando la desgraciada Ginebra se vió abandonada de este modo, echó á llorar exclamando: — «¿que va á ser de mí? ¿Con que habré de perecer antes que concluya la noche!» — No obstante volvió á animarse y se encaminó á la casa de su padre. Aun no habia vuelto este y llamó. Asomóse la madre á la ventana diciendo: ¿Quien llama? — Vuestra hija, respondió Ginebra con tono afligido. — Aterrada la madre, y pudiendo pronunciar á penas contestó: — «¡Alma querida, espíritu celeste de mi amada hija, ve en paz y bajo la proteccion del Señor al cielo!» — y cerró la ventana. Ginebra lloró amargamente, y casi desesperada; pero acudió á la oracion que la fortaleció de suerte que pudo alejarse á pesar de su gran debilidad, pues el temor mismo de morir en la calle redobló sus fuerzas. Entonces se acordó de que vivia en Florencia un tio suyo, y llegó como pudo hasta su casa que estaba distante. Llamó y pidió que por el amor de Dios se la dejase entrar; pero el tio respondió: — «¡Deja á los vivos en paz! ¡ó cuerpo muerto! y ve á descansar mientras tu alma está sentada á la diestra de Dios.» —

Entonces perdió Ginebra todo su ánimo, y cayó desfallecida en las gradas de la iglesia de San Bartolomé, aguardando por instantes la muerte. La Santa Virgen fue en su socorro en tan urgente necesidad, escitando en ella el recuerdo de Antonio, y una nueva vislumbre de esperanza rayó en su corazon. Impaciente por probar en muerte el amor de Antonio se introdujo sosteniéndose en las paredes en la casa de su amante, y llamó á la puerta: eran las seis de la mañana, y no bien separó su mano del aldabon, cuando cayó redonda sobre el umbral. Antonio velaba con el corazon oprimido de dolor, y maldijo al importuno que llamaba. No obstante abrió la ventana y oyó que Ginebra decia sollozando: — «Yo soy; soy la pobre Ginebra. Por amor de Dios socorred á una infeliz á quien todo el mundo abandona.» — Antonio cogió al momento una luz y bajó presuroso, y reconoció con espanto y con placer á su amada. — «Ella es!» — exclamó, y manda bajar á su sirvienta, con cuya ayuda llevó á Ginebra á la pieza mas próxima. Mandó que se calentase ropa y se la quitase la que llevaba empapada en rocío y aun en sus lágrimas. Puso luego á su cara Ginebra en el lecho mas mullido y abrigado de su casa, y permaneció atormentado por el amor y el miedo durante una hora, observando si volvería en sí, ó si tendria al cabo que verla morir.

En fin hizo la enferma algunos movimientos y volvió en sí, y oyó que Antonio al mismo tiempo que la arropaba cuidadosamente, le decia: — «Desechad todo temor, alma mia, tranquilizaos, y mandad cuanto querais que haga yo por vos.» — Ella, llena de vergüenza y timidez, le respondió: — «Ante todo, mi amado Antonio, pongo mi honor bajo vuestra proteccion; y si, como lo creo, sois compasivo, no os olvidéis que Ginebra abandonada por todos los suyos, ha venido á ponerse en vuestras manos.» —

Contóle en seguida lo ocurrido añadiendo: — «Soy voluntariamente vuestra huésped; y si en un tiempo me

pudiste creer indiferente é ingrata á tu amor, no te enojes por eso, pues no hice mas que cumplir un deber para con mi familia. Perdoname, pues yo conozco hoy con harta satisfaccion tu reserva y fidelidad. Algún dia podremos hablar mas detenidamente acerca de esto; por ahora dame algo de comer porque me siento muy debilitada.» — Mientras la madre de Antonio ponía la mesa y la sirvienta bajaba á la cueva en busca del vino, Ginebra dijo al oído á Antonio: — «Toma tu capa y ve inmediatamente á mi sepultura á poner en su sitio la losa que la cubría, para que nadie sospeche mi resurreccion. No tardes, porque de este paso depende la felicidad de mi vida.» —

Antonio ejecutó sin tardanza lo mandado, sin que persona alguna le viese, y despues de haber comprado en el mercado algunas aves delicadas, volvió á casa lleno de alegría. Sirvióselas obsequioso á Ginebra, y por la noche la entregó á la custodia de su madre y de la sirvienta. Ginebra tuvo un sueño reposado que acabó de restituirla la salud y las fuerzas. A la siguiente mañana al preguntarla Antonio como se hallaba, — «Gracias á Dios y á tí, le respondió, muy bien; y ya se han disipado todos mis males.» —

A los cuatro dias estuvo Ginebra enteramente buena, y Antonio vió que era tiempo de proporcionarla vestidos; pero antes quiso hablar seriamente con ella, y lo hizo, en estos términos: — «Dime, querida Ginebra, lo que determinas: ¿quieres separarte de mí y volver á la casa de tu marido?» — Querido Antonio: ya no trato de eso, sino estoy resuelta, si lo quieres, á ser tu esposa. — ¡Ah, ojala pueda casarme yo contigo! entonces sería el mas dichoso de los hombres. — Pues no te apesadumbres y escucha. Toda la ciudad sabe que mi primer esposo Francisco me ha hecho enterrar como muerta. La muerte disuelve todos los vínculos, aun los del parentesco. Por consiguiente, Antonio, si me amas, ya no tenemos que separarnos. Ve en busca del notario; y como es el amor quien nos une en lazo conyugal, haremos valer este aun ante el obispo si fuese necesario. Cuando todo esto se hizo y queriendo Antonio presentarla vestidos, le dijo Ginebra. — «Ve ahora á hablar con mi antiguo esposo que me ha hecho enterrar y no ha querido despues recibirme en su casa, y compra de él á toda costa mis vestidos sin dejar uno solo en su poder.» — Antonio corrió á casa de Francisco, y compró todos los vestidos de Ginebra.

Al siguiente domingo concurrió Ginebra con la madre de Antonio á la iglesia de l' Annunziata. No habia andado cien pasos por la calle cuando las gentes creian reconocerla y quedaban confusas, mucho mas viéndola con las galas de novia con que la habian visto cuando se desposó con Francisco. Su misma madre que la vió á cierta distancia, exclamó sorprendida. — «¿Quién no dijera que esa jóven no era mi desgraciada hija?» — Conforme fue acercándose la fue reconociendo, y no pudiendo ya dudarlo se arrojó á sus brazos: — «Sí, sí: tu eres mi hija Ginebra; mas ¿qué prodigio te ha arrancado del sueño de la muerte?» — La hija se mostraba indiferente sin responder una palabra, cuando de en medio de la multitud salió Francisco, á quien habia llegado el rumor del suceso. Reconoció á su mujer, la preguntó de donde venia y quien la habia librado del sepulcro. Antonio salia al mismo tiempo de la iglesia al enuecontro de su prometida, y animada esta con su presencia, miró con indiferencia á Francisco y le respondió con serenidad: — «No sois vos, señor, quien me ha sacado del sepulcro, sino al contrario quien me llevó á él estando viva. Todo ha sucedido segun voluntad de Dios; y mi querido Antonio, que está aquí presente, os lo comprobará. Yo estuve muerta por culpa vuestra, volví á vuestra casa y me despedisteis de ella.

Dejadme pues, seguir ahora mi camino, que ya no volveré mas á vuestro domicilio.»—La madre de Ginebra lloraba; Antonio permanecía en el mismo sitio, dispuesto á sostener sus derechos, y Francisco maldecía el doble error que le habia arrebatado á su cara esposa; y así volviéndose á Antonio, —«¡Eres mi amigo, le dijo, y quieres robarme á Ginebra!»—«No he faltado, respondió Antonio, á la amistad. No he seducido á Ginebra; sino que al contrario la he puesto bajo la custodia de mi madre, señora respetable. Sin embargo me caso esta noche con ella porque ya tu has perdido tus derechos con respecto á su persona.»—«Pues bien, replicó Francisco encolerizado, eso lo decidirá el obispo.»—

Con efecto un mensajero del obispo citó á Ginebra ante su tribunal. —«Allá voy al momento, contestó, y me defenderé; mas sea el que quiera el éxito de esta causa, declaro ante Dios que antes tomaré el hábito de religiosa que pisar otra vez el umbral de la casa de Francisco.»—Se presentó ante el prelado con todas las gracias naturales, realizadas con su escogido atavío, y le dijo que aguardaba sus órdenes. —«Dime hija, la preguntó este, por qué no quieres ya vivir con tu primer marido?»—Entonces Ginebra le refirió cuanto le habia sucedido, concluyendo con estas palabras: —«Habiendo salido de mi sepultura he andado arrastrando por toda la ciudad casi dos horas, y arrojada de todas partes, iba indudablemente á ser presa de la muerte. Antonio solo me ha salvado con su hospitalaria acogida. Si vivo, á él se lo debo, y por esto le pertenece mi vida. No digo mas. Vuestra sentencia, Ilmo. Señor, que es la del cielo, será justa y misericordiosa.»—

Nada tuvo Francisco que responder, y el prelado como verdadero sucesor de los apóstoles con el poder de atar y de desatar, separó solemnemente á Ginebra de

Francisco, y bendijo su nuevo matrimonio con Antonio.

El Señor conceda á todos los amantes una fidelidad tan verdadera y á los que han oido esta maravillosa historia la vida eterna en la Jerusalem celestial.»

NUEVA ZELANDA.

Los zelandeses son generalmente altos y bien formados, y sin ser gordos, sus músculos firmes y contorneados indican que reúnen el vigor con la soltura. Llevan la cabeza erguida, y su aire no dejaría de tener cierto orgullo sin el hábito de vivir acurrucados en sus chozas, cuya postura acostumbra sus rodillas á una inflexion que quita la gracia á su marcha.

Las facciones de los zelandeses son muy marcadas, y en ciertos individuos presentan alguna analogia con el tipo indeleble que en nuestros climas hace tan distinguida á la raza judía. La mayor parte tienen el rostro enteramente cubierto de un picado simétrico, grabado con admirable gusto y delicadeza. Estas marcas que aprecian muchísimo, son en ellos un diploma de valor guerrero; y así se nota que los zelandeses de edad madura son los decorados con un picado completo, al paso que los jóvenes no tienen sino algunos dibujos lijeros á los lados de las narices ó hacia la barba. Los guerreros llevan el cabello levantado y anudado en la parte mas eminente de la cabeza, y este prendido, que no carece de gusto, le adornan á menudo con algunas plumas de aves maritimas. Gustan mucho de ponerse arracadas y collares, compuestos por lo regular de huesecillos humanos, ó de algunos dientes, trofeos de una sangrienta victoria.



(Nuevo celandés.)

La piel de estos isleños es morena, lo que unido al | acre con que amenuado se frotan forma un color rojizo

no desagradable, y las esteras con que se cubren contraen tambien mediante el roce un color igual. Estos vestidos, tejidos con lino suave que produce el pais con abundancia, son verdaderas obras maestras de arte y de paciencia, si se considera la simplicidad de los medios de que usan los naturales para fabricarlos. Las mujeres son, comparadas con los hombres, de pequeña estatura y por lo general bien formadas; y sus ojos negros y brillantes y sus cabellos finos y naturalmente rizados, les dan una fisonomia bastante interesante.

El alimento de los zelandeses consiste en pescados y raíces, pues no consideramos en ellos como alimento habitual la carne de los enemigos que matan en la guerra. Estos horrendos banquetes, demasiado frecuentes por desgracia, no se verifican sino despues de una batalla, ó en circunstancias en que una cruel supersticion exige á su credulidad víctimas humanas.

Estos isleños son esencialmente belicosos. Todo descubre en ellos el amor desordenado á los combates y saqueo, y sus cantos, bailes y juegos no respiran sino guerra. Antes que el comercio de los buques balleneros les hubiese proporcionado armas de fuego, combatian con lanza y con una especie de maza de piedra que llaman *patou-paton*; en el dia cuentan con muchos fusiles en sus ejércitos, y esta mortífera importacion ha cambiado la suerte de los combates, en los que la fuerza corporal era la que decidia del triunfo.

Dos valientes adversarios se han disputado por mucho tiempo el poder en aquellas regiones, característicamente guerreras. *Chongui*, que iba vestido en traje zelandés de guerra, con su gran cetro de espina de ballena; y *Pomare* que gustaba de los trages y costumbres de Europa, han medido amenudo sus fuerzas, y envuelto en sus diferencias las poblaciones del norte y sur de *Tavai-Pounamou*. Pomare, pasado de un balazo en 1826,

fue devorado por su feroz vencedor. En la misma época fue tambien herido Chongui de otro balazo que le atravesó el pecho, de cuyas resultas murió, despues de haber sufrido por mucho tiempo, en 1828, perdiendo en él la Zelanda un jefe cuya singular penetracion hubiera podido abreviar la época de su civilizacion.

Despues de la guerra, que era su pasion dominante, ninguna cosa deseaba Chongui tanto como mejorar la condicion de su pueblo por medio de la agricultura y artes mecánicas. Con tan noble objeto pasó á Inglaterra y visitó á Sydney, capital de la Nueva Gales del Sur, conocida bajo la denominacion inexacta de Botany-Bay. En esta colonia, y bajo el patrocinio del reverendo Mariden, misionero anglicano tan zeloso como ilustrado, se instruía Chongui y trabajaba á veces con una admirable destreza.

Habiéndose establecido en la Nueva Zelanda una compañía de misioneros en los estados de Chongui, se trató con él de la compra de un terreno para los trabajos agrícolas de la mision. Se compró el terreno y se pagó en hachas y azadones; se formalizó una escritura de venta, Chongui quiso poner en ella su firma, y trazó en un instante sobre el papel el picado que adornaba su rostro.

Si las misiones han conseguido mejorar la suerte de los zelandeses importándoles producciones útiles, no han obtenido el mismo fruto en sus trabajos apostólicos. La religion de los indígenas no es mas que una mezcla de supersticiones absurdas y amenudo crueles; y aun tienen que transcurrir muchos años antes que la razon logre modificar en aquel pais las ideas religiosas. Entre sus dogmas solo se asemejan á nosotros en el de la inmortalidad de las almas, y en el respeto que tienen á los sepulcros. En todo lo demas viven aquellos desdichados salvajes encadenados con una multitud de deberes supersticiosos, cuya infraccion la pagan amenudo con la vida.



(Retrato del marinero John Rutherford.)

Rara vez los zelandeses, enemigos implacables, perdonan al vencido; y mas de una tripulacion europea lo ha experimentado desgraciadamente. Sin embargo se han visto entre aquellos bárbaros algunos ejemplos de sensibilidad. Hacia el año de 1816 invadieron un navio y lo entregaron á las llamas, matando á todos los marineros. Solo uno de ellos, llamado *John Ruthersforth*, debió la vida á la compasion de un jefe. Su juventud y lágrimas conmovieron al guerrero zelandés, que le protegió constantemente, le hizo picar el rostro y el dió sus dos hijas por mujeres. El inglés pasó diez años sin poder evadirse de aquella vida salvaje. En fin el año de 1826 se descubrió un navio americano que navegaba cerca de la costa, y fue enviado á bordo de él por sus feroces compañeros, que decian debía hacerles el dueño de tan buena presa. Ruthersforth se presentó en el buque, refirió á los americanos sus aventuras, y no se descuidó en hacer que tomara viento el buque amenazado de tan horrible suerte, volviendo así á su patria, donde por mucho tiempo ha sido objeto de la pública curiosidad.

MUSICA.

DIVERSOS GENEROS DE COMPOSICIONES.

(Véase el artículo sobre la armonía y melodía en el número anterior).

A cuatro pueden reducirse los diferentes géneros de música conocidos: al de *música sagrada*, *música dramática*, *música de salón*, y *sinfonía*.

La música sagrada comprende todas las misas desde las de canto llano hasta las que no pueden ejecutarse sino con toda fuerza de orquesta; los salmos, himnos y motetes, oratorios y cantatas sagradas. Los admirables salmos de Marcello, las misas y motetes de Palestrina, el *miserere* de Allegri, el de Leo y Jomelli, la música eclesiástica y diferentes oratorios de Juan Sebastian y Carlos Manuel Bach; *Atalia*, *Samson*, los *Macabeos* y el *Mesias* de Haendel; *David penitente*, de Mozart; la muerte de Jესas, de Graun; la creacion, las siete palabras de Jesucristo, de Haydn; el *requiem* de Mozart, las misas de Cherubini, y entre otras la célebre misa á tres voces: tales son en este género las composiciones que tienen mayor nombradía.

La *música dramática* comprende todas las composiciones destinadas á ejecutarse en los teatros públicos. Los músicos de mas reputacion en este género son en Italia: Hase, Leo, Pergolesi, á principios del último siglo; mas tarde Paisiello, Cimarosa, Guglielmi; y posteriormente y en un orden inferior, Fioravanti, Zingarelli, Paer; y en nuestros dias *Rossini* que ha superado á todos sus antecesores, y elevado la ópera moderna á su mayor grado de esplendor. De púes de él, aunque ninguno puede comparársele, se puede citar á Mercadante, Donizetti, y sobre todo á *Bellini* que tan á menudo ha tenido felices inspiraciones. La Alemania, menos rica en esta parte que la Italia, ha producido no obstante composiciones dramáticas de mucho mérito. Keiser, uno de los mas antiguos, y creador en cierto modo de la ópera alemana, escribió un gran número de obras que ya no se

ejecutan desde el gran desarrollo de la orquesta, pero en las que se encuentran todavía cantos muy felices. Haendel, que le sucedió, compuso óperas italianas, alemanas é inglesas; Mozart, mas cercano á nosotros, es autor de óperas alemanas é italianas que se reputan por obras maestras. Designaremos despues de él á Winter y Weigl, compositores apreciables, pero de un orden inferior. La Alemania moderna se envanece con los nombres de Weber, creador de *Freischütz*, de Spohr; de *Meyer-Beer*, que no ha adquirido la celebridad de que goza sino desde su hermosa ópera de *Roberto el Diablo*. La mayor parte de los músicos que han ilustrado la escena francesa son alemanes ó italianos. Lulli fue el primero; siguióle Rameau, cuyos cantos crecian de gracia y la declamacion de verdad; pero en los que se encuentran algunos buenos coros, y en general un estilo mas dramático que el de Lulli y sus imitadores; mas tarde Gluck, autor de las dos *Ifigenias*, de *Armida* y de *Orfeo*; Piccini, Sacchini, á quienes debemos el *Edipo*; Spontini, cuyas óperas de la *Vestal* y de *Hernán Cortes* son en el dia tan conocidas. *Rossini* es ahora sin contradiccion el músico mas recomendable de la escuela francesa. La *Muda*, de Auber, y *Roberto el Diablo*, de Meyer-Beer han colocado á estos dos compositores en un puesto elevado, pero inferior sin duda alguna al que debe ocupar *Rossini*, como autor de *Guillermo Tell*, *Moisés* y el *Sitio de Corinto*. Entre los músicos cuyas producciones han enriquecido la ópera-cómica, son los mas notables Monsigny, Philidor, Gretry, Dalairac, Mehul, Nicolo-Berton, Boieldieu, Auber y Herold. Sus composiciones las conoce todo el mundo.

La música *di camera* ó de concierto consiste en los diferentes trozos destinados á ejecutarse en los salones, como sonatas, conciertos, caprichos, duos, tercetos, cuartetos, quintetos para instrumentos, cantatas, romances, canciones, duos, tercetos para voces, escritos expresamente para los conciertos. Este es un género de composicion de orden inferior á los precedentes, pero en el que se han distinguido muchos compositores. Bajo esta denominacion general de música de salón se comprenden tambien aires, duos y otros trozos sacados de las óperas que se ejecutan en los teatros, y cuyo acompañamiento se reduce al piano.

La *sinfonía*, cuyo carácter con desarrollos mayores es absolutamente el mismo que el de la sonata á cuatro de instrumentos de cuerda, es un trozo de música compuesto para una orquesta, y comunmente dividido en cuatro partes distintas, separadas entre sí por descansos. Estas cuatro partes son: 1.º el *alegro* ó trozo de movimiento vivo, precedido frecuentemente de una corta introduccion de ritmo mas grave; 2.º el *andante* ó *adagio*, trozo mas ó menos lento, cuya forma varia; 3.º el minuetto de tres tiempos y de un movimiento rápido: es el mas corto de los cuatro trozos de que se compone la *sinfonía*, y su forma no varia nunca; 4.º el *presto*, *rondó* ó *final*. Esta última parte es aquella cuyo ritmo es el mas vivo, y el compositor despliega en ella todas las fuerzas de la orquesta. Pudiera comprenderse la *sinfonía* bajo el título general de música de concierto; pero su gran desarrollo exige que se le considere como género aparte. En este han sobresalido Haydn, Mozart, y sobre todo Beethoven.

DESCUBRIMIENTO DEL FOSFORO,

Y MODO DE FABRICARLO.

Este elemento fue accidentalmente descubierto en el año de 1669 por *Brandt*, alquimista de Hamburgo, al tiempo que se ocupaba en los medios de encontrar en la orina humana una sustancia capaz de convertir la plata en oro.

Desde su origen se ocupó el comercio de este descubrimiento, del que se tuvo gran cuidado hacer un misterio; permaneciendo tal por mas ensayos que se hicieron sin fruto hasta el año 1737, época en la cual llegó á París un extranjero que ofreció hacer el fósforo. El gobierno francés le concedió una recompensa por la comunicacion de su procedimiento, el que ejecutó con buen éxito en presencia de Mr. *Hellot*, *Dufray* y *Duhamel*, comisarios nombrados para este efecto, y en las *Memorias de la academia de las ciencias* del mismo año de 1737 publicó *Hellot* este procedimiento con la mayor minuciosidad; *Margraf*, que se habia entregado hácia la misma época á la investigacion del fósforo, propuso para este procedimiento una perfeccion que consistia en mezclar sal de plomo á la orina condensada.

En 1769 *Ghan*, químico sueco, discurrió que el fósforo existia en los huesos; y muy poco tiempo despues *Schée* encontró el método de obtenerlo.

Se puede preparar el fósforo por el procedimiento siguiente, que es el de Mr. *Fouccroy* y *Vauguelin*.

Se calcinan unos huesos hasta tanto que dejan de despedir humo y no tener olor, despues de haberlos reducido á polvo muy fino. Se ponen en una vasija ancha y profunda de porcelana ó de barro toco cien partes de este polvo bien disuelto en una cantidad de agua que sea cuatro veces mayor que su peso; entonces se añade alli poco á poco, y meneándolo bien cada vez, cuarenta partes de ácido sulfúrico; estando caliente esta mezcla se manifiesta en ella una viva efervescencia, se deja en este estado por espacio de 24 horas, teniendo cuidado de menearla de cuando en cuando con una varita de vidrio ó de porcelana, á fin de facilitar la accion del ácido sulfúrico sobre el polvo de los huesos. El todo se retira ó saca entonces de la vasija, para trasladarlo á un cedazo de tela, colocado encima de una vasija de porcelana destinada para recibir el liquido que pasa por los poros. En seguida se lava con agua clara muchas veces, y hasta tanto que no tenga ningun sabor perceptible el polvo blanco que ha quedado sobre el cedazo: entonces se echa lentamente en el liquido reunido en la vasija que tiene mucho sabor ácido, nitrato de plomo disuelto en agua, inmediatamente se precipita al fondo de la vasija un polvo blanco, es preciso añadir nitrato de plomo todo el tiempo que la precipitacion de este polvo lo requiere ó permanece en su precipitacion. Entonces se filtra el todo, y despues de haber lavado bien, y secado el polvo blanco que ha quedado en el filtro, se añade una décima sexta parte (poco mas ó menos) de polvo de carbon. Esta mezcla se pone en una vasija de barro con pie, la que se coloca encima del fuego haciendo que se introduzca el pico de la vasija dentro de otra llena de agua, de modo que esté siempre debajo de su superficie, y se le va dando el calor por grados hasta tanto que se ponga blanca la vasija; de esta se desprenden ó salen

cantidad de bolas de aire algunas de las cuales se encienden por el contacto del aire, y revientan sobre la superficie del agua; y cuando el calor está bastante fuerte destila una sustancia que tiene el aspecto de la cera derretida, que se coagula en el agua al salir del pico de la vasija que está alli introducido: esta sustancia es el fósforo.

El fósforo es regularmente de un color bajo de ambar; mas cuando se ha preparado con esmero, es poco mas ó menos sin color y transparente. Cuando se ha conservado algun tiempo en el agua se pone opaco en lo exterior, y entonces se parece mucho á la cera blanca, cuya consistencia tiene con corta diferencia; se le puede cortar bien sea con un cuchillo ó retorciéndole con la mano: es insoluble en el agua, su peso medio y específico es de 1.770.

El fósforo se derrite á una temperatura de 37 grados centígrados y á la de 42 está en completa fusion: es preciso tenerlo siempre en agua, porque es inflamable á 22 grados *Reaumur*. El fósforo preparado recientemente siempre está sucio porque está mezclado con polvo de carbon y otras impurezas; se limpia introduciéndolo debajo de el agua y pasándole en este estado por un pedazo de gamuza bien limpio; se le puede hacer barritas echándolo en un embudo de vidrio de tubo largo y tapado por su extremidad con un tapón de corcho, y echándole en el agua caliente, el fósforo se derrite y toma la forma del tubo; se le hace salir fácilmente cuando ya está frio. El fósforo se evapora resguardado del aire á la temperatura de 104 grados centígrados; está en ebullicion á los 290.

Inflamándose ó ardiendo el fósforo con tanta facilidad, no debe existir en el estado de pureza en la naturaleza; de manera que hasta el presente no se le ha encontrado sino en combinacion con otros cuerpos.

Desde el año de 1722 se han hecho muchos experimentos sobre el fósforo, por Sir *Humphri Davy* y Mr. *Gay* y *Thenard*. Mr. *Voguel* ha analizado el polvo encarnado que queda despues de la combinacion del fósforo y ha examinado los cambios que opera sobre este polvo la accion de la luz. Mrs. *Dulong* y *Berzelius* se han ocupado de la combinacion del fósforo con el oxígeno, el arte de la medicina lo ha combinado con otros medicamentos para determinados procedimientos de gravedad. Los físicos lo han introducido en sus gabinetes, y les ha facilitado una gran ventaja en sus trabajos, tanto para los juegos de recreo, como para la produccion física. Mr. *Keler* alquimista de Neustadt, ha trabajado constantemente en 1850 para que el fósforo sea todavía mas agradable y útil al hombre; alusivo á esto ha descubierto una composicion que en combinacion con el fósforo, en el momento produce bien sea fuego ó luz segun que se quiera; este descubrimiento por su grande utilidad se ha propagado con la mayor rapidez por todas las naciones. Pero desgraciadamente esta composicion ha sido demasiado adulterada falsificando la combinacion de Mr. *Keler*. En Madrid existe una fabrica acreditada de este artículo establecida por Mr. *Bardenet*, calle de las Torres, núm. 7, que ha generalizado su consumo en razon de su escelente calidad, seguridad y economia.

SONETO.

Corría el *Sil* por los floridos prados
que'borda con sus galas primavera;
los árboles que adornan su ribera
mirábanse en las ondas retratados.

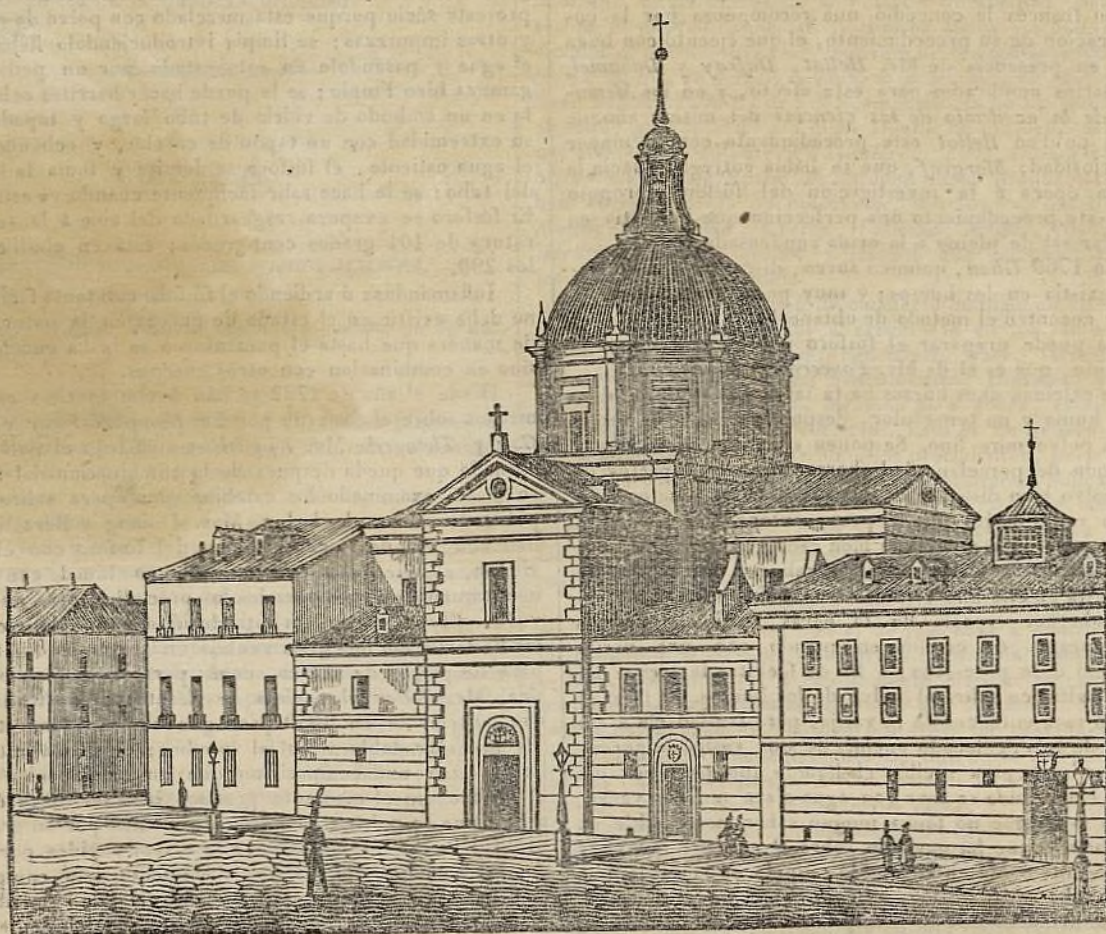
En tanto sus tesoros regalados
cedió mi amor á la corriente fiera,
mientras en la undesa y negra cabellera

jugaban los Favonios delicados.

Su frente celestial, á donde en suma
naturaleza unió mil maravillas
de lirios oprimía una guirnalda;

Y vino el río, y de nevada espuma
las rosas salpicó de sus mejillas
y arenas de oro derramó en su falda.

E. V.



Fachada de las monjas Calatravas.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN, EDITOR.